



Mujeres juntas, ¿ni difuntas?

Feminidades tóxicas y sus alrededores

Por América Luna Martínez

Todas las hemos visto, oído, padecido. Son mujeres de colores y clases diversas, ya sean jóvenes, viejas, maduras o niñas, analfabetas o doctoras, que descalifican nuestro modo de pensar, vestir, ser y estar. A veces van más allá de las palabras y nos despojan de un refrigerio o de novios, amigas, esposos; se adjudican la autoría de libros y proyectos; quitan bienes y propiedades... Y, peor aún, ejercen violencia directa contra otras mujeres y niñas a través de los golpes o trafican con ellas para obtener cuantiosas ganancias, como el tristemente célebre caso de las llamadas Poquianchis,¹ ahora superado exponencialmente por los narcopoderes internacionales como los caracteriza Sayak Valencia, donde el papel de las mujeres es fundamental en el secuestro y explotación de las víctimas femeninas para la esclavitud sexual. En otras ocasiones, aunque no estén vinculadas al crimen organizado, algunas entregan a otras mujeres y niñas a hombres para que ellos las maltraten, violen y maten, como el trágico caso de la pequeña Fátima, que a principios de 2020 estremeció a la opinión pública mexicana.

DIVIDE Y VENCERÁS

La violencia y el desprecio entre nuestras congéneres pueden explicarse como estrategias de control patriarcal sobre las mujeres, basadas en aquello que reza: “divide y vencerás”. Esta frase puede auxiliarnos en la búsqueda de una explicación al odio, la competencia y la violencia desatada entre nosotras como algo construido histórica y culturalmente. No se desconoce el hecho de que a algunas mujeres (al fin humanas) las seduzca el poder y el ejercicio de la dominación, el asunto es que en pos de lograr sus afanes de empoderamiento pisotean a las demás.

La misoginia no es natural y mucho menos es un referente para asumir nuestra identidad femenina. Baste recordar que en los campos de concentración de la Alemania nazi muchos judíos delataban a sus pares, y se convertían en sirvientes de los opresores, con tal de salvarse. Lo mismo ocurre con las mujeres. Y, si el “virus” de la misoginia, entendido como el odio hacia las mujeres y a lo femenino, nos es inoculado desde la más temprana edad por los más sutiles o explícitos mecanismos, se facilita el control y el disciplinamiento; tenemos entonces una aproximación al tema.

**LA MISOGINIA
INTERNALIZADA
Y NATURALIZADA
MILENARIAMENTE POR
NOSOTRAS HA SIDO
EFECTIVA EN TANTO
FORMA RECURRENTE
DE EXPRESAR UNA
FEMINIDAD TÓXICA**

Cabe resaltar que una de las aportaciones más importantes del feminismo ha sido valorar y rescatar la relación entre mujeres, frecuentemente envenenadas por las maldiciones patriarcales que rezan “mujeres juntas, ni difuntas” o “no hay mayor enemiga de una mujer que otra mujer”. Bajo estos mandatos denostamos a nuestras congéneres cuando tienen un ascenso o logro laboral, académico o de cualquier tipo, o de plano las calificamos de *zorras*, *locas* o directamente de *putas* para invisibilizar sus méritos propios, o regatearles sus derechos sexuales. Pero tal vez la peor expresión misógina es la que se despliega cuando nos con-

¹ Al respecto se pueden consultar la película del mismo nombre, de Felipe Cazals (1976), y la novela de Jorge Ibargüengoitia *Las muertas* (1977).



Ilustración: Gerardo Mercado

templamos en el espejo y nos criticamos con adjetivos como *fea*, *gorda*, *prieta*, *vieja*; los insultos y reproches contra nosotras fluyen sin piedad.

Y cómo no hacerlo si en nuestro inconsciente revolotean eficaces las hazañas de las crueles maltratadoras de Cenicienta, Blanca Nieves, Sirenita, Rapunzel y otras tantas princesas popularizadas por los estudios Disney, empresa que ha ejercido sobre nosotras una *pedagogía del abuso* entre mujeres y que deriva del edulcorado amor romántico, es decir, la encarnizada rivalidad entre mujeres por lograr poder, belleza, “eterna juventud” y, desde luego, el amor de un hombre.

Con respecto al último punto señalado, no se trata de minimizar la importancia del amor en la vida de las personas y en especial en la de las mujeres, no; en todo caso valdría la pena repensar las relaciones amorosas desde la plenitud de cada integrante de la pareja y no desde la carencia, como invitaba con lucidez Alejandra Kolontay en su texto clásico *La mujer nueva y la moral sexual*, desde el siglo xx, que ahora parece lejano.

En el ánimo de ir desentrañando las posibles raíces que han conformado la feminidad tóxica, en la que hemos crecido y que frecuentemente nos impide establecer relaciones armoniosas, de respeto y tolerancia entre nosotras, detengámonos en Atenea, la diosa griega de la sabiduría. Recordemos su peculiar origen, nació de la cabeza de su padre, el poderoso Zeus, pues el envidioso rey del Olimpo tragó a su consorte Metis cuando supo que estaba embarazada y se apropió de la gestación de Atenea. Según el relato mítico, Atenea nació adulta y

totalmente armada, desamparada del cariño de su madre, se convirtió en la diosa de la sabiduría, de la guerra, de la civilización y de la justicia, pero no para las mujeres.

Atenea, hija predilecta de Zeus, fiel a su padre, es conocida también por otorgarle el perdón a Orestes después de haber matado a su madre Clitemnestra, sin considerar como atenuantes que Agamenón mató a su primer esposo para desposarla y que sacrificó a su hija Ifigenia para hacer propicia su expedición a Troya. La dispensa que Atenea otorgó a Orestes afirmó el derecho paterno sobre el materno (Sendón de León, 2006:127). Después, esta poderosa deidad rivalizó con Aracné y Medusa, propinándoles crueles castigos y, en lugar de perseguir al violador de Medusa, optó por victimizar a la agaviada.

Estas narrativas clásicas, así como innumerables y reconocidos textos de la literatura universal, al igual que películas, telenovelas u otros materiales audiovisuales, constituyen verdaderas *pedagogías de la opresión* formuladas por un orden simbólico falocéntrico para legitimar la dominación de los hombres hacia las mujeres. Estos grandes relatos ensombrecen nuestras vidas y en lugar de prohibirlos,² como la tendencia actual, es indispensable *resignificarlos*.

² Recientemente algunos/as cibernautas expresaron en las redes sociales su rechazo a la proyección televisiva o en *streaming* de la película *Vaselina* (Dir. Randal Kleiser, 1978), denunciando su contenido sexista y promotor de una cultura que normaliza la violación. Ver: <https://www.adn40.mx/es-tendencia/vaselina-abuso-sexual-machismo-mva-especial>.

TÚ ERES LISTA, TÚ ERES IMPORTANTE, TÚ ERES BUENA

La misoginia internalizada y naturalizada milenariamente por nosotras ha sido efectiva en tanto forma recurrente de expresar una feminidad tóxica, pues su ejercicio cotidiano atenta contra nosotras mismas.

Frente a este modo de estar, ser y *deber ser* de las mujeres configuradas patriarcalmente, es indispensable restaurar los lazos amorosos y solidarios entre *nos/otras*, lazos que muchas veces nos alegran y aligeran la vida pues son muestra de **sororidad**, es decir, del amoroso cuidado entre hermanas. Por ello es importante rememorar una escena de la película *Historias cruzadas* o *The help*, como se llamó en inglés, (Dir. Tate Taylor, 2011) en la que una nana afroamericana toma en su regazo a una pequeña niña blanca rechazada por su madre y para atenuar la agresión le repite varias veces: “Tú eres lista, tú eres importante, tú eres buena”. Imaginemos cómo sería la vida de las mujeres, nuestras vidas, si hubiéramos crecido con esas afirmaciones. Ciertamente, el *affidamento* o el cuidado y acompañamiento que podamos procurarnos entre nosotras no va a acabar con el patriarcado capitalista y sus profundas desigualdades, pero es una estrategia de resistencia vital contra ese sistema depredador y violento.

Ejercer la sororidad desde la conciencia, la voluntad y el amor fortalecerá nuestros lazos siempre amenazados por la maldición patriarcal que dice “mujeres juntas, ni difuntas”. Ha llegado la hora de desterrarla de nuestras vidas. 

Referencias

- “El *affidamento*” (1993) en *Debate feminista*. <https://debatefeminista.cieg.unam.mx/df_ojs/index.php/debate_feminista/article/view/1661>.
- Kolontay, Alejandra (1975). *La mujer nueva y la moral sexual*. México: Juan Pablos Editor.
- “Plusvalía emocional, *affidamento* y sororidad” (2009) en *La Revuelta Colectiva Feminista*, Argentina. <http://www.larevuelta.com.ar/articulos/ST_2010_01_31.html>.
- Sendón de León, Victoria (2006). *Matria. El horizonte de lo posible*. Madrid: Siglo XXI.



América Luna Martínez es doctora en Letras Modernas por la Universidad Iberoamericana, maestra en Estudios Latinoamericanos por la UAEM y socióloga por la UNAM. Es investigadora y profesora de tiempo completo en la Facultad de Humanidades de la UAEM. Publica e imparte conferencias y talleres sobre género, cultura, cine y literatura.